

REFLEXION DOMINGO DE LA TRINIDAD

El misterio de Dios siempre ha sido y es una cuestión que implica a la humanidad. Tanto la afirmación de su existencia, como su negación, es algo cotidiano en nuestra existencia. Los que afirman su posible existencia lo hacen diciendo: "Algo tiene que existir", pues ciertamente se ven desbordados por muchas cosas que existen en nuestra vida. Pero ese Algo les deja indiferentes, aunque sorprendidos. Los que afirmamos su existencia, lo concebimos como Alguien personal, que en unos tiene repercusión en su vida y otros, prescinden totalmente de Él.

El misterio insondable de Dios siempre ha apasionado a los grandes pensadores y teólogos, porque la revelación de este Dios en la historia se ha expresado culturalmente según las necesidades humanas e incluso según la defensa que se ha debido hacer de Dios como garante de un pueblo, de una nación, de una religión.

El pueblo de Israel tuvo que enfrentarse a esta realidad, porque sabía que era la garantía de su identidad. Cuando «llegó la plenitud de los tiempos», con Jesucristo, se suavizan muchas expresiones, se manifiesta la dimensión amorosa de Dios al nivel más misericordioso, pero Dios sigue siendo misterio.

La fe cristiana de los primeros siglos tuvo que hacer también su defensa de las imágenes bíblicas de Dios, como Padre, como Hijo y como Espíritu. Ello significa que el mundo de Dios no es la soledad omnipotente y trascendente, sino que se expresa en el "humus" familiar, de relaciones y de comunión; y si es familiar, es amorosa, porque la familia se realiza en el amor de entrega absoluta.

El mensaje del Antiguo Testamento en una sola afirmación, podríamos decir que consiste en el permanente empeño de Dios en manifestar su cercanía al pueblo. Desde el inicio se nos presenta a Dios en diálogo con el hombre y con su pueblo. Somos parte de esta herencia y llamada a ser en relación. Conviene recordarlo, pasarlo por el corazón. Necesitamos cultivo y cuidado expreso de la profundidad del ser que confiere sentido a la vida, pulso a la realidad, quicio a lo afectivo. La iniciativa de Dios Padre es el origen que nos capacita para ser originales, la fuente que sacia nuestra sed y torna transparente la soledad. Para ello hay que superar la superficialidad con la que vivimos, el ruido externo e interno que existe. En definitiva, es guardar silencio y reflexionar con la mente, no para buscar una explicación, sino con el corazón para disfrutar de esa realidad que llamamos Dios que es Padre, que se ha manifestado con nuestra naturaleza como Hijo y que es Espíritu que nos capacita para descubrirlo presente.

Los Evangelistas nos presentan a Dios como el Padre que nos creó y nos hizo sus hijos en su Hijo Jesús y que nos envió su Espíritu para que le demos alabanza y respondamos con una vida de hijos agradecidos. Dios es Amor y en esto consiste el amor, en que Dios envió a su Hijo para nuestra humanización y el Hijo nos prometió que enviaría al Espíritu, para darnos la fuerza y ser testigo de su amor.

San Marcos, nos lo narra; el envío de los discípulos, en Galilea, lugar donde fueron escogidos por Jesús y desde donde comenzaron su andadura detrás de Jesús, es decir, desde donde comenzaron a escuchar y ver lo que Jesús hizo como enviado de Dios Padre. Es el nuevo comienzo que no olvida la pequeña semilla del principio. Ya no están dispersos, todos son convocados al anuncio, a la seducción por contagio. Es la palabra como espada, la presencia viva de Jesús y un proyecto compartido lo que les cohesiona, impulsa y renueva. Han renacido siendo los mismos, el evangelio no esconde sus dudas y esto nos anima en medio de las nuestras.

Nuestro camino como discípulos y el de toda la comunidad, es un proceso atravesado por la gratuidad del amor de Dios; que nos devuelve a la historia, conscientes por igual, tanto de los límites como de las posibilidades. En la fidelidad de Cristo anclamos la intensa convicción de que nuestra plenitud es ya una realidad germinal y que la alegría del Reino se fragua en un banquete donde hay puesto para todos

Nuestra fe no consiste en una confesión doctrinal impecable en un solo Dios, sino en una confianza insobornable en un Dios único, personal, entrañable y universal. La vivencia de Él y la convivencia con Él nos tornan encarnación, hijos del Dios vivo que nos vivifica, iguala y hace responsables unos de otros. El fuego del Espíritu diluye todo cuanto opaca la imagen de Dios en nosotros y estrecha el vínculo que nos permite reconocernos hermanos.

Jesús sabe que la duda, la certeza, el desconcierto, la luz, la oscuridad forman parte de la fe itinerante y en crecimiento, por eso nos anuncia que estará siempre con nosotros. Sabemos que la duda forma parte de la fe y que dudar no es impedimento para la misión.

En este día de la Trinidad hacemos memoria de los monjes y monjas que son atraídos por un estilo de vida contemplativo. Pero todos somos convocados a vivir de modo explícito nuestra condición de contemplativos, a conciliar lo cotidiano con el silencio que restaura y la serenidad que sana. Dichoso quien se expone a padecer el vértigo de soltar los esquemas que reducen el crecimiento, la creatividad y la comunión.